

sables al corazón humano, capaces de alterar la tranquilidad pública de la Inglaterra apenas restablecida, excitando las dudas é inquietudes de los que pudieran temer las consecuencias de lo que se llama en nuestro tiempo una reacción. Por otra parte, los grandes servicios de esta familia distinguida, la conducta de la condesa misma, la memoria de su desgraciado marido, y las particulares circunstancias de la jurisdicción que tenía en la isla de Man, y que constituía el caso fuera de las leyes ordinarias, abogaban mucho en su favor. En fin, no se vengó la muerte de Christian mas que por una multa fuerte de algunos millares de libras, suma que se cobró con mucha dificultad en los dominios del conde joven de Derby.

CAPITULO VIII.

Adios tierra natal mia.

BYRON. *Childe-Harold.*

Quedó lady Peveril en grande inquietud por algunas horas despues de la partida de su marido y de la condesa, sobre todo desde que supo se había puesto á la cabeza de una trôpa de caballeros armados el mayor Bridgenorth, cuyos movimientos había mandado observar, y

que se había dirigido al oeste por donde también iba su marido. En fin se tranquilizó algo más con respecto á su marido y la condesa, luego que Whitaker le trajo la noticia de la lucha entre sir Geoffrey y el mayor, y de la retirada de los enemigos.

Se estremeció al considerar cuan poco hubiera faltado, para que vinieran á renovarse discordias civiles; y en tanto que daba gracias á Dios por la conservacion de su marido, no podia menos de tener aprension sobre las consecuencias de la disputa con Bridgenorth. Habian perdido un amigo antiguo, un hombre de quien habian recibido pruebas en circunstancias apuradas, que ponen los amigos á prueba peligrosa; no podia disimularse que Bridgenorth irritado de este modo, podia llegar á ser un enemigo incómodo, cuando no peligroso. Hasta entonces había usado de sus derechos con mucha moderacion como acreedor; pero ahora si los hiciera valer con rigor, lady Peveril, á quien lo mucho que cuidaba de la economia doméstica habia dado un conocimiento de los negocios de su marido, mayor del

que tenia el mismo, veia grandes inconvenientes en las medidas que la ley le daba autoridad á tomar. Se tranquilizaba sin embargo, acordándose de que aun tenia ella un grande ascendiente en Bridgenorth á consecuencia del afecto que profesaba á su hija, y de la opinion que hasta entonces habia manifestado en cuanto á la dependencia que tenia la salud de Adelaída de los cuidados que ella se tomaba. Pero le habia despojado de esta confianza un incidente ocurrido el mismo dia por la mañana. El ama de gobierno ya mencionada, mistress Debora, salió por la mañana, segun costumbre, para que los niños hicieran ejercicio en el parque; habiala seguido Raquel, muchacha que cuidaba de los niños á sus órdenes, mas ella no volvió á la hora regular, y mistress Ellesmere, que se mordía los labios mas de lo que acostumbraba, vino á decir á su ama que mistress Debora no habia tenido á bien entrar todavia, aunque se acercaba la hora del desayuno.

— Ya vendrá dentro de poco, dijo lady Peveril con indiferencia. La señora Ellesmere tosió de un modo particular, y añadió que Ra-

que estaba de vuelta con el señorito Julian, y que mistress Debora, dijo queria dar un paseo con miss Bridgenorth hasta Moultrassie-Hall, punto de limite entre la propiedad del mayor y de las que restaban aun á sir Geoffrey.

— ¿Se ha vuelto loca esta muchacha? exclamó lady Peveril algo enojada. ¿Por qué no cumple mis órdenes volviendo á las horas indicadas?

— Puede que se haya vuelto loca ó tenido demasiado juicio, respondió la señora Ellesmere en tono misterioso; y creo que vuestra señoría obraría bien tomando cuidado con ello.

— ¿Tomando cuidado, de qué? preguntó lady Peveril con impaciencia; hablas como un oráculo esta mañana. Si tienes algo que decir contra esta muchacha, pido que te expliques claramente.

— ¡Yo decir algo contra ella, milady! Dios me libre de hablar nada contra mis camaradas de servicio, sea hombre, muger ó niño. Solamente pretendo empeñar á vm. á fin de que se

sirva de sus ojos y mire lo que pasa alrededor suyo.

— Me dices que me sirva de mis ojos, Ellesmere; pero creo estimarias mas me valiera de tus anteojos, además te mando, y ya sabes quiero ser obedecida, que me digas cuanto sabes, y sospechas con respecto á esa muchacha.

— ¡Mis anteojos, milady! Perdóneme vuestra señoría; pero ya sabe que no los uso jamas, no siendo un par que fué de mi madre, y cuando me pongo á tomar una carrera. Ninguna muchacha de diez y seis años la tomó sin anteojos. En cuanto á sospechar, no sospecho nada, porque como ha sido el gusto de vuestra señoría separar de mi cuidado á mistress Debora Debbitch, no me importa que haga lo que quiera. Pero debo decir solo, milady, que si mistress Debora va con tanta frecuencia todas las mañanas á Moultrassie-Hall, no extrañaré que no halle una buena tarde el camino para volver, y al decir esto hablaba mordiéndose los labios, de modo que con trabajo se le percibía el sonido de la voz, cortando el principio y fin

de las palabras, como si hubiera querido oirlas antes de pronunciarlas.

— Repito, Ellesmere, ¿qué quieres decir? Acostumbrabas á tener bien juicio, dime con toda claridad de que se trata.

— Todo lo que puedo decir, milady, es que desde la vuelta del señor Bridgenorth de Chesterfield, y despues que ha venido á ver á vm. al castillo, mistress Debora ha tenido por conveniente llevar los niños todas las mañanas á Moultrassie-Hall. El acaso sin duda hizo que hallase siempre paseándose al que llaman el mayor, porque puede pasear como cualquiera en este tiempo, y yo aseguro que no ha perdido nada en este encuentro, porque se ha comprado un capoton bastante bueno aun para milady. ¿Pero le ha dado él otra cosa que una pieza de oro? Vuestra señoría es en este punto mejor juez que yo.

Lady Peveril, dando á la conducta de la aya de los niños la mas favorable interpretacion, no pudo menos de reirse al ver se presumian proyectos amorosos en un hombre como Bridgenorth, con principios tan rígidos, hábitos

tan reservados, y un exterior tan grave; concluyó por lo que acababa de oir, que Debora habia tenido algun provecho en satisfacer la ternura paternal del mayor, procurándole los medios de ver á su hija, en los pocos dias que se habian pasado entre su vuelta á su casa y su primera visita al castillo, y los sucesos ocurridos despues. Pero se sorprendió algun tanto cuando pasada una hora despues del desayuno, sin haber parecido Debora con Adelaida, llegó á caballo el único criado que tenia Bridgenorth, equipado como si debiera emprender un viaje; dejó una carta á lady Peveril y otra á la señora Ellesmere, y se marchó sin esperar la respuesta. No hubiera tenido el hecho nada de particular si se tratase de otro que del mayor Bridgenorth; pero era tan arreglado y uniforme en toda su conducta, tan poco acostumbrado á obrar con precipitacion ó por el impulso de un movimiento primero, que la menor apariencia de prontitud demasiada de su parte, excitaba sorpresa y curiosidad. Lady Peveril abrió al momento la carta, y leyó lo siguiente:

A la respetable y honrada lady Peveril.

MUY SEÑORA MIA.

« Mas bien escribo á vm. para disculparme que por acusarla, ó quejarme sea de quien fuere, porque se conviene mejor á la fragilidad de nuestra naturaleza confesar nuestras imperfecciones, que reprender las suyas á los demas. No tengo ya gana de hablarle de lo pasado, sobre todo en lo concerniente á vm. sabiendo muy bien que si le hice servicios, en tiempo que nuestro Israel estaba triunfante, vm. me ha pagado con usuras volviendo á mis brazos una hija, rescatada en algun modo del valle sombrío de la muerte. Por consecuencia, como perdono á vuestra señoría de corazon la medida violenta y poco caritativa que tomó contra mí en nuestra última entrevista, visto que la muger causa de todo era su amiga y parienta, suplicó á vm. me perdone haber invitado para dejar su casa á la joven Debora Debitch, cuyos cuidados pueden ser indispensa-

bles á mi niña, por estar instruida por vuestra señoría. Mi gusto, contando con su buena voluntad, señora, era que continuase Adelaida en el castillo de Martindale, y recibiera en él sus buenos oficios, hasta que llegando á la edad de poder distinguir entre el bien ó el mal, fuese de mi deber indicarle el buen camino. Porque no ignora vuestra señoría, y no es hablar para reprender, que miro con un vivo dolor no haya abierto aun los ojos á la luz, contentándose con andar por las tinieblas entre las tumbas de los muertos, y esto una muger como vm. dotada de tan buenas calidades, es decir calidades naturales. Mi oracion en las vigili-
 as de la noche, se ha dirigido muchas veces á que vuestra señoría mire con atencion la doctrina falsa que causa su extravío; pero siento decir que, estando nuestro candelero muy próximo á verse fuera de su lugar, las tinieblas vendrán á ser mas espesas que nunca, y la vuelta del rey que yo habia mirado como otros muchos, cual una manifestacion del favor divino, parece no ser ya mas que un triunfo concedido al principe del aire, que vuelve otra vez á

franquear á la vanidad su mercado de obispos, deanes, etc., echando fuera á los ministros apacibles de la palabra, cuyos trabajos han sido útiles á tantos millares de almas. Por tanto, habiendo sabido por conducto seguro que se ha dado una orden para restablecer estos perros sin voz, sectarios de Laud y de Williams, expelidos por el último parlamento, y que se espera un acto de conformidad, ó mas bien de diformidad de culto, mi designio es huir de la venganza celeste venidera, y buscar algun rincón donde pueda vivir en paz, y gozar de mi libertad de conciencia. ¿Quien querría quedarse en el santuario, despues de haber quebrado los balaustres del altar, y cuando ya se ha trasformado en retiro de buhos y sátiros del desierto? Y debo yo culparme, señora, de haber estado, con sencillez de corazón, y con demasiada facilidad, en la casa de la alegría y los banquetes; mi deseo de la union y de prestar á vuestra señoría mi respeto, se han convertido en un lazo para mí. Pero será una reparacion, me parece, el abandonar el lugar donde nació, la casa de mis padres, el sitio que conserva

las cenizas de tantos objetos de mi afecto terrestre. Tengo tambien que recordar á vm. que mi honor, en el sentido que da el mundo á esta palabra, se ha empañado por vuestro marido, sir Geoffrey, y que la utilidad que podia yo prestar aquí, se ha limitado, sin que yo deba esperar me haga reparacion alguna; lo que es de la misma especie que si un hermano mio se hubiese levantado contra mi honor y vida. Son estas cosas muy desagradables para el viejo Adán. Queriendo prevenir nuevas inquietudes, y acaso la efusion de sangre, vale mas ausentarme del país por algun tiempo. Para transigir los negocios que tengo con sir Geoffrey, encargaré al señor Joaquin Win-The-Fight, procurador en Chesterfield. Es uno de nuestros justos, y los arreglará con todo el miramiento posible á sir Geoffrey segun las leyes de la equidad; porque me concederá el cielo resistir á la tentacion de volver las armas de una guerra carnal en instrumento de venganza, no quiero recurrir á Mammon para lograrla. Deseando, señora que el Señor le con-

ceda todas sus bendiciones, y sobre todo la superior á todas las demas, el conocimiento de sus caminos, queda.

Esperando sus órdenes su seguro servidor.

RODOLFO BRIDGENORTH.

En Moultrassie-Hall, 10 de julio de 1660.

Al punto que lady Peveril acabó la lectura de esta larga y singular homilia, en la que le pareció que su vecino mostraba mas fanatismo del que habia creído, levantó los ojos y miró á Ellesmere: está la observó con una especie de mortificacion en lucha con un afecto de menosprecio, y, fatigada de no saber lo que pensaba su ama por lo que manifestaba su semblante, tomó el partido de buscar mas directamente la confirmacion de sus sospechas.

—Supongo, señora, dijo ella, que ese loco fanático tiene intencion de casarse con Debora. Dicen que se marcha del país. A la verdad que ya es tiempo; porque ademas de servir de irrisión á todo el vecindario. Lance-Outram, el

guarda-bosque, podría bien guarnecerle la testa con madera al aire; seria este un plato de su gusto.

— No tienes motivo de entregarte á tanto despecho, Ellesmere, le dijo su ama. La carta que acabo de recibir no dice nada de matrimonio. Es verdad que el señor Bridgenorth, como debe salir del país, ha tomado por criada á Debora para que cuide de su hija, y me alegro por la niña.

— Yo me alegro por mí y por toda la casa. ¿Con qué milady cree que no se casará con ella? Me costaba trabajo creerle tan tonto que la recibiese por muger; pero tal vez hará algo peor, pues que ella dice va á ganar mucho dinero, y esto es difícil de un modo justo, cuando se sirve. Ademas me encarga le remita su ropa, como si yo fuese el ama del guarda ropa de la señora Debora; me dice que cuenta sobre mi edad y experiencia con respecto á Julianito, como si fuera necesario recomendarme joya tan preciosa; pero voy á enviarla sus guñapos, y añadiré una carta de buena tinta.

— Escribela con cortesía y dile á Whitaker

le envíe sus soldadas, y que añada una pieza de oro. Aunque tenga la cabeza un poco ligera, siempre ha sido buena para cuidar los niños.

—Yo sé, señora, quien es la mejor de las amas para las criadas, y que sería capaz de echar á perder la criada que mejor haya sabido hacer un prendido.

—Una buena eché á perder cuando te mimé á ti, Ellesmere; pero retírate y escribe á Debora que dé un beso de mi parte á la niña Adelaida, y que presente al mayor mis buenos deseos por su felicidad en este mundo y en el otro.

Al decir esto la despidió sin permitirle responder, y sin entrar en otros detalles.

Cuando hubo salido Ellesmere, comenzó á reflexionar lady Peveril, compadecida al considerar la carta del mayor Bridgenorth, hombre ciertamente de las mejores calidades, pero transformado en melancólico y casi misántropo por una larga serie de desgracias domésticas, y una sincera devoción, aunque sombría y ex-

cesiva. Se sintió también inquieta más de una vez por lo que sería de la niña Adelaida, que iba probablemente á educarse bajo la dirección de un padre tal. Sin embargo después de bien considerado todo, no le pareció la partida de Bridgenorth un acontecimiento desagradable; porque mientras hubiera permanecido en Moultrassie-Hall, no era sino muy probable, que otro reencuentro entre él y sir Geoffrey hubiese dado lugar á consecuencias más funestas que el pasado. No pudo menos de expresar al doctor Dummerar cuán pasmada y resentida estaba de que cuanto había ella hecho y procurado hacer por restablecer la paz y la concordia entre las dos facciones opuestas, produjo precisamente lo contrario de lo que se había prometido.

—Sin mi desgraciado convite, dijo ella, no hubiera Bridgenorth venido al castillo al día siguiente de la fiesta, ni visto á la condesa, y menos disgustado á mi marido. Si el rey no hubiese vuelto, suceso por todos esperado con tanta impaciencia, como que debía poner término á todas nuestras calamidades, ni esta